

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

**PRIMERA CONSIDERACIÓN.**—Gloria de la maternidad divina.

SUBDIVISIONES.—1. Gloria para María.—2. Gloria para la humanidad.

**SEGUNDA CONSIDERACIÓN.**—Santidad de María, Madre de Dios.

SUBDIVISIONES.—1. Santidad de conocimiento.—2. Santidad de afecto.—3. Santidad de acción.—4. Santidad de comunicación.—5. Santidad de generación.

*Spiritus Sanctus superveniet in te, ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei.*

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y por eso lo que de ti nacerá será Santo y se llamará Hijo de Dios.

(Luc., 1, 35.)

QUÉ os parece, H. M., más digno de asombro: un Dios que se abate hasta hacerse hombre, ó una criatura que se eleva hasta ser Madre de Dios; un Dios que se anonada hasta someterse á la criatura, ó una criatura que se engrandece hasta mandar á Dios; un Dios que se baja hasta padecer las miserias de la naturaleza, ó una criatura que sube hasta hacer de sus necesidades un consuelo? La contemplación de tales maravillas os arrebatara, como arrebatara á los cielos y á la tierra; porque no puede pensarse en la cualidad augusta de Madre de Dios sin sentir transportes de entusiasmo. ¿Quién es, preguntan con razón los Angeles, ésa que se adelanta como la aurora, rodeada de delicias y descansando en la diestra de su amado; hermosa como el sol y terrible como ejércitos en orden de batalla? *¿Quæ est ista?* Lo que veis, responde San Juan, es un gran prodigio que aparece en los cielos; notad que la mujer viene coronada de doce estrellas, y hollando la luna con sus piés: *Signum magnum apparuit.* (APOC., XII, 1). ¿Quién, dicen San Bernardo y San Anselmo, podrá nunca sondear el abismo sin fondo de la generación del Verbo y de la gloria de María? *Generationem Verbi, et Mariæ gloriam, quis enarrabit?* La misma Virgen María, menos halagada que sorprendida, menos deslumbrada que esclarecida, se turba al considerar su grandeza: *Turbata est.* (LUC., 1, 29). Y con fe dócil, no puede menos de preguntar cómo ha de obrarse semejante maravilla: *Quomodo fiet istud?* (IBID., 34). Hasta el mismo Dios parece admirado del exceso de su bondad, haciendo que lo publiquen los Profetas como el prodigio

único, después de conceder al ingenio humano la libertad de discurrir y de demandar lo más grande que imagine: *Pete tibi signum ecce virgo,* etc. (ISA., VII, 11).

El Cielo y la tierra han cooperado á esta grande obra; los Profetas anunciándola, y la ley antigua figurándola. Lo que de más santo hubo en Judea, preparó los caminos: Joaquín y Ana dando María al mundo; José adoptando la cualidad de esposo suyo; el Precursor estremeciéndose de júbilo en su presencia; Santa Isabel colmándola de elogios; los Angeles comunicándola la nueva de su maternidad. Hasta la Trinidad Beatísima parece ocupada en la misma obra, distribuyéndose entre sí las tres Divinas Personas la parte que cada una ha de tomar en la elevación de María: el Espíritu Santo llenándola de gracia, y haciéndola fecunda: *Spiritus Sanctus superveniet in te;* el Verbo Eterno tomando de sus purísimas entrañas un cuerpo formado de su sustancia misma: *nascetur ex te Sanctum;* el Padre Celestial, asociándola á su Paternidad divina, haciéndola Madre de su Hijo: *Vocabitur Filius Dei.* María por su lado, sin presumir nada de esto, se dispone con sus virtudes á tan grande obra, y la termina con su consentimiento: *Fiat mihi secundum verbum tuum.* ¡Me pierdo en tan hondos abismos, y me faltan palabras con que expresar el asombro que me enajena! También vosotros os veréis poseídos de esta especie de enajenación, que el mundo se atreve á censurar porque no la conoce.

Yo me encargo de justificar la supuesta locura que se atribuye á nuestra entusiasta devoción, y no es sinó celestial cordura, explicando, si me es posible, la grandeza de la divina maternidad, imagen de la generación eterna, y demostrando: 1.º Sus glorias. 2.º Su santidad.

AVE MARÍA.

### PRIMERA CONSIDERACION.

GLORIA DE LA MATERNIDAD DIVINA.

¡Qué gloria para María! ¿Conque es cierto que por espacio de nueve meses, el cuerpo de un Dios ha formado parte del cuerpo de una Virgen, que su corazón no palpitaba sinó por el de la Madre, que no se movía sinó por el movimiento de Ella; que así uno como otro se nutrían de los mismos alimentos; que la propia sangre circulaba por las venas del uno que por las del otro; que allí donde se dejaba ver la Madre, hallábase también su divino fruto, el cual aunque escondido tras el velo de la modestia de una Virgen, se creía bastante descubierto por sus virtudes, siendo entrámbos una misma carne, según aquello: *Caro Christi, caro Mariæ?* ¡Oh! ¡Salve, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres! Palabras sencillas son éstas que el respeto y la ternura ponen en boca de un

Angel y de una Santa para diseñar á los ojos de María lo excelso de su dignidad, y lo extremado de su dicha; pero también son palabras profundas que dejan entrever los más sublimes misterios. Nunca podrán ser bastante repetidas las frases que el Arcángel é Isabel pronunciaron en loor de María, y que significan la felicidad de la Madre de Dios, á la vez que nuestro consuelo. ¡Oh misterio! ¡Oh prodigio! Una criatura ¡quién lo creyera! tiene el derecho, ¿qué digo derecho? tiene obligación de adorar á su Hijo. ¿Os admiráis de esta observación? Pues aún dice poco; porque lo cierto es que María Santísima, á lo menos durante nueve meses, debió adorar una parte de sí misma, una porción de su propio cuerpo, convertida en el cuerpo de Dios.

El astro eclipsado en el seno de María, esparce sus rayos al nacer; pero cubierto aún con la nube de la infancia. María ayuda á disipar esa nube, nutriendo á su Hijo con la leche de sus pechos y manteniéndolo con el fruto de su trabajo. María tiene que ganar, que preparar y que servir el alimento, de manera que, cuando no está todo sazonado y servido por su mano, no es agradable á Jesucristo. ¡Oh! Vos, cuya generosidad cubre nuestros campos de rica mies, y nuestros árboles de flores y frutos; ahora no decís, como en otro tiempo por boca del Profeta: No tengo necesidad de vuestros bienes: *Bonorum meorum non egēs* (PSAL., XVI, 2); ahora os veo á Vos, Niño divino, pedir de comer, cuando el hambre os acosa. *Si esuriero, dicam tibi* (PSAL., XLIX, 12). Vos, que hacéis correr las fuentes y llenáis los abismos del Océano, pedís agua en el ardor de vuestra sed! *Da mihi bibere* (JOAN., IV, 7). Vos, que tan magníficamente engalanáis con flores el campo, estáis cubierto de un pobre vestido que las manos de esa Mujer fuerte os han preparado. ¡Qué espectáculo! Un Dios sollozando da á una Virgen el dulce nombre de Madre, y emplea en honrarla los primeros acentos que sus débiles órganos le permiten pronunciar: *Ex ore infantium perfecisti laudem* (MATTH., XXI, 16). Un Dios niño se entretiene á vista de María, que presencia sus inocentes diversiones, tomando tal vez parte en ellas: *Ludens coram eo omni tempore* (PROV., VIII, 30). Un Dios sensible se echa en brazos de la Virgen, la acaricia, y se sienta en su regazo: *Acceptit in ulnas suas* (LUC. II, 28). Un Dios débil, en fin, se coge de sus manos para sostenerse, y descansa asegurado en los brazos de su Madre: *Sicut ablactatus super matre sua* (PSAL. CXXX, 20). ¡Oh humillación de un Dios! ¡Oh grandeza de la criatura! ¡Oh prodigios de un Dios humanado, que al hacerse hombre, toma los sentimientos y ademanes de un niño para con su madre!

Pero, ¡qué gloria también para el género humano! Casi puede en este sentido equipararse á Dios, habiendo llegado á realizar los ambiciosos proyectos del ángel y del hombre antiguos; puesto que el hombre se ha hecho más que semejante, igual á Dios, y casi un Dios; entrando en comercio con Dios, le satisface plenamente, en razón á que tiene derecho para ofrecerle los méritos infinitos de un Dios. El hombre, además, se familiariza con Dios, habitando, platicando con

El, y alimentándose de su carne. El hombre, finalmente, participa del gozo y de la gloria, y hasta ejerce la autoridad de Dios, en la persona del Hombre-Dios, mientras que Dios, á su vez, participa de las necesidades, de los dolores, y de las funciones del hombre en la persona del Dios-Hombre. ¡Cuán ennoblecido, cuán perfeccionado está el mundo desde que Dios forma parte de él! Hállase colocado en lugar muy superior; forma un orden, una gerarquía aparte; pero la Encarnación le pone en el número de las criaturas, haciendo que forme parte de su propia obra dando al universo la perfección que le faltaba en medio del inmenso cúmulo de sus maravillas. Dios quiso ser el complemento de su creación, y para realizar este designio, se unió, no solamente á la sustancia más noble, es decir, al espíritu humano, sino también al cuerpo y á la sangre del hombre. ¡Ah! si la Iglesia se asombra de que Dios no haya tenido repugnancia de descender al seno de una Virgen, á pesar de que no había de morar en él sino por espacio de algunos meses, con igual razón debemos admirarnos de que no sintiese horror á unirse hipostáticamente á una porción de materia: *Non horruisti virginis uterum*.

Enumeremos, si nos es posible, las gracias que recibimos, las verdades que conocemos, los pecados que expiamos, las faltas de que nos preservamos, los consuelos que recibimos, las virtudes que practicamos por el beneficio de la Encarnación divina, manantial inagotable del bien. Todo lo debemos á ella, porque indignos é incapaces de todo, nos habríamos perdido para siempre. Pero enumeremos también, si nos es posible, las gracias que recibiríamos, las verdades que conoceríamos, los pecados que expiaríamos, las faltas que evitaríamos, los consuelos que gustaríamos, las virtudes que practicaríamos, si fuéramos fieles á tan grande beneficio. ¡Oh Encarnación divina! ¡No es culpa vuestra el que no lleguemos nosotros al colmo del mérito y de la perfección!

Enumeremos, finalmente, si nos es posible, las coronas que en el Cielo ceñirán nuestra frente, las maravillas que nuestros ojos contemplarán, las delicias de que nuestro corazón estará inundado, los cánticos que resonarán en nuestra boca, los divinos resplandores que esclarecerán nuestra alma, los infinitos siglos que se deslizarán sin traer el término de nuestra bienaventuranza; y todo como resultado de la divina Encarnación, á la que debemos el poder trocar la eternidad por el tiempo, el Cielo por la tierra, y adquirir la gloria por la gracia, pues que la Encarnación nos abrió el camino para alcanzar éso y mucho más. ¡Qué exceso de bondad el del Padre Eterno, que nos concede su Divino Hijo! ¡Qué exceso de amor el del Hijo, que nos da su propia vida! ¡Qué exceso de caridad el del Espíritu Santo, que nos entrega su más excelsa obra! ¡Qué exceso, en fin, de misericordia de la Santísima Trinidad, que cede hasta la posesión de su divina esencia en la Encarnación del Verbo!

## SEGUNDA CONSIDERACION.

SANTIDAD DE MARÍA, MADRE DE DIOS.

¿Qué lengua alcanzará á explicar la santidad de la Madre de Dios, sin la que no habría recibido en sí al Santo de los Santos? Porque al Verbo Eterno convenía una doble santidad: la santidad divina del Padre, perfecta por esencia, y la santidad humana de María, perfecta por gracia. La santidad debía ser siempre, y en todas ocasiones, el principio y la cuna de Dios Santo. No es otra la fuente de las gracias, la regla de las virtudes, el origen de los santos pensamientos y de las rectas afecciones. El Verbo es el espejo en que se retrata la verdad y la esencia del Padre que la engendra; y María es como la blanca nube donde se diseña el sol, en fuerza de los rayos que la envía. Alumbrada la Santísima Virgen con la divina Luz, no conoce otros objetos que los divinos, ni forma otros pensamientos que pensamientos santos, ni siente otros impulsos que los piadosos. Las tinieblas, el error, la incertidumbre, no tienen cabida en los dos santuarios que la verdad posee: en el primero de los cuales recibe, y en el segundo esparce María todo el brillo de su persona.

En estos dos corazones es donde el Verbo ama, y es perfectamente amado. ¡Qué amor divino el del Padre! ¡Qué amor tan perfecto el de la Madre! ¿Puedese amar más tiernamente de lo que el Hijo de Dios ama á uno y á otro? El Espíritu Santo es el vínculo que á entrámbos une: en el uno es origen, y en el otro término del amor; devuelve al Hijo en María, lo que recibe en la eternidad por la divina procesión: quiero decir, que así como procede del amor del Padre y del Hijo, une al Hijo y á la Madre en dilección purísima. Dios es siempre el objeto del ardiente amor de uno y otro; y aunque infinitamente desiguales las fuerzas del Padre y de la Madre, se parecen en emplearse todas en el Hijo.

¿Y podrían obrar ámbos de otro modo? ¿Podrían proceder menos santamente? Los menores actos de Dios, Santo por naturaleza, y de una Madre confirmada en gracia, no tienen precio. Así como Dios es Santo en todas sus obras, María fué también Santa en todas sus acciones. A esta santidad se alude en aquella declaración misteriosa del Amado de los Cantares, en la que se dice que la Esposa con uno de sus cabellos y con una simple mirada, había herido el corazón del Esposo. ¡Santo sois, oh mi Dios, en todas vuestras operaciones: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos! ¡Santa sois, oh María: Santa, Santa, Santa, Madre del Señor Dios de los ejércitos! Toda Vos sois hermosa, sin que mancha alguna se descubra en vuestra persona. Y así debía de ser la grande obra de Dios para poder servir de digno empleo á la Omnipotencia y á la gracia. Justo era que en el

Cielo y en la tierra tuviese la Divinidad un Templo Santísimo donde fijar su morada. Santísimo, sí, porque no obrando María sinó por Dios, para Dios y con Dios; y teniendo á Dios constantemente por testigo, objeto, principio, y auxiliador en todas sus acciones, venía á hacer que estas acciones tuyas fueran, en cierto modo, acciones de Dios.

Como el bien tiende á dilatarse, la misericordia no puede ver, sin pena, personas desgraciadas. Por eso el Padre Eterno con sus gracias y María con su intercesión, esparcen los tesoros de la divina Bondad engendrada en su seno. Uno y otro ligan al Salvador por el nacimiento y por la muerte, de manera, que parece no ser otra la ocupación de entrámbos. Si el Padre une á su Hijo con la humanidad, María suministra la materia; si el Padre destina á su Hijo Unico á la muerte, confórmase María con este decreto, y acompaña al Salvador hasta el suplicio. El Padre y la Madre sacrifican de concierto á su Unigénito. No hay otra fuente de santidad más que el Verbo Encarnado y muerto en la Cruz. Por el Verbo santifica Dios á los predestinados, y les da reglas y ejemplos de perfecta santidad; por el Verbo es María Refugio de pecadores y Reina de todos los Santos. Dios es Autor y Dueño de la gracia; María la recibe, como todo, del Verbo Eterno, y la distribuye.

El Padre engendra á su Hijo necesariamente, y María lo concibe libremente; pero uno y otro en perfecta santidad. ¡Venturosa necesidad es la del Padre, de engendrar un Hijo igual á sí! Siéndole necesario conocerse para ser feliz, conócese por el Verbo, á quien engendra, conociéndose á sí mismo, sin que el Verbo deje de ser el conocimiento mismo del Padre. María era libre para rehusar la maternidad; solícitase de ella y se aguarda su consentimiento; y en cuanto lo otorga, el Verbo se encarna. ¿Sabéis por qué? Porque habiendo la desobediencia de una mujer perdido al mundo, era indispensable la sumisión de la Virgen para repararlo. Porque siendo la Encarnación una alianza con la naturaleza humana y con la Iglesia, y no habiendo todavía ni Iglesia, ni naturaleza adoptada, necesitábase la intervención de María, su futura Madre, como representante de ámbas. Porque debiendo nacer el Verbo del seno de la Santidad creada, como era engendrado en el de la Santidad increada, tenía como precisión de llevar á él todo género de santidad, y para ello esperar á que su Madre, dotada de la gracia habitual, hiciese entonces un acto eminente de virtud. Ahora conoceréis el precio del consentimiento de la Santísima Virgen; ahora comprenderéis que cuanto tiene de vivo la fe, la esperanza de fuerte, la caridad de noble, la humanidad de profundo, la castidad de delicado, todo se encierra en estas breves palabras: «Hé aquí la Sierva del Señor.» ¡Cuánto respeto, cuánta admiración, cuánta gratitud debéis, A. H. M., á la divina maternidad! ¡Ojalá no perdáis jamás tales sentimientos y no dejéis nunca de conformar con ellos vuestro proceder! Este será el más recto camino para llegar á la eterna bienaventuranza, que etc.

L'ATOUR.